

en griego (primer capítulo de *Lunáticos*, novela inédita)

Marta Aponte Alsina

*Quiero escribir cuentos, novelas, quiero escribir en prosa...
contar en vez de cantar.
Alejandra Pizarnik*

Hay una plaza. Hay una barbería. Frente a la barbería un hombre con los ojos cerrados. Junto al hombre un niño. Toca Cumbanchero, Mítchel, grita el niño. El hombre no oye. Está en Puerto Vallarta. Sangre, iguanas, noches. ¿Puerto Vallarta? Despierta.

Techo, esquinas, cuatro ventanas, un espejo. La casa espera mientras ella duerme. La casa es nueva. Nadie ha muerto en la casa. La casa es liviana, los sueños no. Los pájaros cantan, pero no fueron ellos ni fueron los rayos del sol. El marido que duerme con ella tiene piel de niño, pero no fue él.

Toca, Mítchel.

Sólo ella recuerda esa voz.

Sentada en el borde de la cama respira despacio, con el pulgar de la mano derecha colocado sobre el pulso de la izquierda. Taquicardia. Los dedos gordos de los pies parecen globos. Los otros padecen coronas de callos y el retorcimiento de alguna fractura desatendida. Se pone de pie envuelta en la sábana. En el baño transacción de aguas. Contemplación del paisaje a través de la puerta abierta. Setos de libros, torres de volúmenes sobre la mesa de la sala. Se los sabe de memoria. Los lee aunque estén cerrados. *Children of the World*. Sangre en blanco y negro, brujas con verrugas. Huyendo de una bruja Hansel y Gretel suben por un camino sinuoso hasta el borde de la página 37. Entre la 44 y la 45 se despliega un ocaso ardiente. Sobre un promontorio la silueta erguida de un muchacho reparte su peso entre una lanza y una pierna. Se llama David Gumpilil. Salió de walkabout con un abanico de iguanas muertas al cinto.¹

Iguanas.

Las gafas de sol blancas, tiradas en el sofá junto a una lámina del sistema digestivo, le recuerdan las de su casi tocaya Silvina Ocampo. Existe una foto de Silvina,

rica, juguetona, de melenita, toda un doble de Rafael Alberti, posando ante la litografía plebeya de una cabeza parecida a la de la Sibila.

La lámina atroz del sistema digestivo.

Más: tijeras, cortes de tela de tapizar muebles, un DVD rodeado de polvo sobre el televisor, pelos de gata pegados a la nevera.

Cruza la sala. Diecisiete pasos hasta la cocina. Cada paso es un repaso, cada repaso un traspaso ceremonioso. Si diera un paso en falso el mundo se acabaría.

En la cocina empieza la urgente transformación del café. Mientras el líquido prieto se derrama abre la puerta de la terraza contigua a la lavadora de ropa después de servir leche a la gata que salta de su lugar habitual en el tope de la nevera y rebota en el mostrador junto al fregadero, proclamando que sigue viva con un maullido tenue.

Desde la terraza aprecia la bruma cremosa. Cuando se disperse verá las facciones del pueblo, la iglesia de torre ingenua y bóveda humilde. Aldeana. En el cementerio viejo están sus abuelos, sus tíos, sus padres. Tanto navegar sin moverse de la orilla. Cambiaría su destino por otro, pero cuál destino. A ras de tierra, brillante, la luna. Cuando la luna se ve de día su resplandor es luz de tierra.

Se sienta en la silla que pintó ayer. No bota lo que puede renovar. Dar vida a la basura es un talento que ha cobrado importancia tras la jubilación.

Raspar el moho con la persistencia de un animal estúpido.

Se levanta, se sirve café, vuelve a sentarse. Entre sorbos repasa sueños. Llegan de todas partes, siempre un poco maltrechos como paquetes que recorren distancias y pasan por muchas manos. Suben, bajan, se hinchan, se encogen, desaparecen, reaparecen, se sacuden el polvo de los caminos.

El cerebro

amasijo de agua, grasas, ácidos, azúcares, vacíos

trampa de cuentos realengos que vagan por el éter hasta que invaden un oído.

Hace poco -pero ni lo reciente ni lo viejo existen en la olla podrida de los sueños-soñó con una mujer inmóvil frente a un árbol en llamas. La mujer escribe la historia de su hijo desde el segundo anterior a la muerte hacia atrás: el fusilamiento, la guerrilla, la primera motocicleta, el décimo cumpleaños, los dos dienteitos, el parto. Mujer y árbol ocupan el centro de una caverna. Entre las imágenes del sueño y la cafeína circula un aquelarre de basuras. Las basuras tienen el cuerpo torcido de las brujas, aunque por la candidez de su abandono y la falta de malicia de sus líneas el árbol, más que basura, parezca un susurro de olas en mar quieto.

No se ha mirado al espejo. Sabe cómo se ve sin peinarse. Bruja sin verrugas. Abre la puerta del taller. Es un cuartito que comunica con la terraza. Fue el dormitorio del hijo menor, que ya es todo un hombre y para colmo más valiente que un guerrillero, pues vende seguros en un mundo sin garantías. Ahora lo usa ella. El cuartito. Ahí escribe y remienda. Escribir y huir en las sedas del morir para no ponerte amarilla. Ríe. La tela muerta es sabrosa al tacto.

Escribe frente a una ventana de hojas de vidrio. La montaña existe para ella. Cuando ella falte será el último día del mundo. Los árboles de la cima figuran las agallas del dragón que es el amante del cielo. Así se conjugan los desamparos del espacio con el fuego subterráneo. Del otro lado alguien como ella mira una montaña que existe sólo para alguien como ella. Faulkner. Old Man. La máquina tarda en vomitar palabras e imágenes de sus entrañas de circuitos. Fanfarria de Microsoft. Aparece en la pantalla la imagen de otra montaña, abre el archivo "Cuentos de Silvinia Díaz Torres."

El padre de Silvinia le habló de Mítchel y ahora Mítchel tiene un cuento y el padre no. El padre murió entre médicos, en una trama incomprensible de intestinos embrollados,

pero Mítchel la invade en la trama tensa de los sueños. No hay quien lo mate. Lo viene pensando hace años. Sólo falta la deposición concluyente, la fimbria de remate: no acierta con el final de la historia. La primera versión del cuento tenía muchas palabras. Las demás pocas palabras. Hay que terminar el cuento o despedirse de él, para siempre.

¿Por qué esa obsesión con una historia que no se deja contar? Será que te gustan las ruinas, Silvinia, piensa y se ríe. No lo niega. Le gusta reparar, arreglar, remendar. Además, le gusta cómo suenan la eme y la ele, y recuerda cómo las pronunciaba su padre. El nombre le salía de la nariz. No Michael, ni Miguel, ni Migue sino Mítchel. MMMítchell.

Alguna elegancia bendijo siempre a MMMítchel. La forma de pararse y mover los dedos; la camisa blanca. No era un atorrante. La familia lo mantenía limpio aunque se emborrachara con el ron más barato sentado frente a la barbería de un pueblo de cunetas mugrientas.

Toca *Cumbanchero*, MMMitchell, se atrevía a decirle, con timidez, el padre de Silvinia: niño pobre, pelo rizo, zapatos de cuero crudo, peinilla de dientes afilados en el bolsillo trasero del pantalón corto. El padre niño también sabía sacarle música a la peinilla cubriéndola con un papel y soplándola suavemente con labios vibrantes.

Mítchel no había conservado su armónica de concierto, ni siquiera conservaba una garganta. Eso sí, era un gran maestro de la peinilla empapelada.

Se estira con las manos en la espalda y los ojos cerrados. Gira la cabeza. Le fascina el crujir de las articulaciones. Oye el canto de las vértebras. Los pájaros han dejado de escandalizar. Ojalá fueran golondrinas. Oscuras. Ojalá volvieran a colgar sin esperanzas sus nidos en balcones sucios, a golpear ventanas de cristal con las alas y las uñas y los picos, pero en este lado de la montaña no hay golondrinas.

Virginia Woolf pensaba que los pájaros de su jardín cantaban en griego. Igual Septimus, el loco del parque en *Mrs. Dalloway*. Efectos secundarios del veronal. A Silvinia le pasa lo mismo cuando sin cumplir el ciclo del sueño la despierta la voz del padre niño: “Toca Mítchel.”

Es peligroso despertar así. Ella ha estado loca alguna vez. Ella fue una loca violenta sin llegar a más, pero mad mad. When I was mad. When I was Puerto Rican. When I was a mad Puerto Rican.

Ya no. Las sustancias controlan el pensamiento. Tienen nombres griegos. Cantan.

Su favorita es la píldora de los sueños. El somnífero la hace entender el mundo, todo queda claro, se resuelven los misterios, se muere feliz.

Es sabroso contar. Es cruel contar. Es un suplicio contar. Los desaparecidos hostigan. Son descaradamente infieles a la muerte. Cantan en griego. El lenguaje de las musas. Sonidos sibilantes de sibila sonora sarnosa severa sonsa senela Silvinia soñolienta.

La madre de Silvinia también hablaba con los pájaros cuando andaba descalza por el bosque cargando una paloma muerta en una bolsa de papel. En la profundidad del cafetal las golondrinas están de luto. Pero el cuento de la madre no cabe aquí.

Notas

¹ “En Australia, cuando un joven aborigen cumple dieciséis años, se va de viaje. Durante meses vive de la tierra, duerme sobre la tierra. Come los frutos y la carne de la tierra. Para sostenerse mata a las criaturas fraternales de la tierra. Uno de los nombres de ese viaje iniciático es walkabout.” (Enciclopedia Children of the World, Vol. 8, p. 44).